

Amaneció martes por la mañana, y el gobernador y consejo de guerra acordaron que se saliese a escaramuzar con el enemigo; y entre las ocho y las nueve de el día salieron de los muros afuera ciento y cincuenta españoles arcabuceros, cuatrocientos japones y algunos indios naturales, y por cabo de todos ellos el sargento mayor Juan Juárez Gallinato; y acometiendo con más ánimo que concierto, echando a los japones por delante y a los españoles en retaguardia, dieron en los enemigos y les ganaron la puente y la ermita, matando más de quinientos e hiriendo a muchos, apoderándose de las banderas que tenían. Viendo el enemigo que los españoles y japones se iban metiendo en su real los comenzaron a cercar para cogerles enmedio; y visto esto por los japones comenzaron a retirarse a gran priesa, a espaldas vueltas; y lo mismo hicieron muchos de los nuestros españoles; lo cual, visto por el enemigo volvió sobre los nuestros con tanto ánimo que los hizo retirar a todos con gran priesa, ganándoles la puente que está entre la dicha ciudad e iglesia de la Candelaria. Viendo el sargento mayor Gallinato cómo toda la gente se iba retirando, volvió sobre el enemigo con grande ánimo y con ocho o nueve españoles y un esclavo suyo les ganó la puente y allí se hizo fuerte con sus soldados, donde defendió la puente más de dos horas, hasta que el gobernador le envió orden para que se retirase, recibiendo muchos golpes y heridas en su persona, que las buenas armas que llevaba le libraron de la muerte, mediante Nuestro Señor; y viniéndose retirando hacia la muralla, con buena orden, los enemigos le vinieron siguiendo y los nuestros los dejaron llegar a tiro de arcabuz de la muralla; de la cual les tiraron muchos arcabuzazos y mosquetazos, no dejando de jugar la artillería, con que mataron mucha cantidad de ellos, con lo cual les fue forzoso retirarse; y el sargento mayor Gallinato, con toda la gente que se había retirado, fue en su seguimiento hasta la puente, matando e hiriendo muchos de ellos y desde allí se retiró a la ciudad.

CAPÍTULO LXII. *Que prosigue el motín y alzamiento en la ciudad de Manila, y se dice el fin que tuvo*



EN ESTE TIEMPO NO HOLGABAN LOS DE EL PARIÁN, que como vieron que el día antes se había quemado más de la mitad, como gente desesperada se determinaron de morir o vencer; y así aquella noche hicieron dos carros con que otro día por la mañana se venían llegando a la muralla; y eran de tal artificio que bajando de una parte subía de la otra para arriba, de tal manera que sobrepujaba la muralla; y cada vez podían entrar más de treinta hombres, y esto con bien poco trabajo, y tras de ellos venían gran suma de sangleyes, que no poco cuidado dio a la ciudad por no saber lo que era; y así, en llegando, que llegó cerca de la muralla, se les disparó una pieza que estaba sobre la puerta de el Parián, y desbarató esta máquina, matando mucha gente de los que venían en ella y de los que por lo bajo ayudaban a tirarla.

En este ínterin entraron de socorro en la ciudad mil indios pampangos, arcabuceros y piqueros; y saliendo a pelear con los enemigos, con algunos españoles que los capitaneaban y animaban, mataron más de mil sangleyes y pegaron fuego a lo que había quedado por quemar de el Parián; en el cual había cosa de trescientos sangleyes anayes, gente quieta y hacendada que por no morir a manos de sus enemigos, se ahorcaban ellos mismos y se dejaban quemar en sus casas, donde tenían sus haciendas.

Los japones, como vieron que los indios pampangos iban venciendo y que en el dicho Parián había de haber qué hurtar, se fueron llegando hasta que de todo punto entraron por las casas, matando a cuantos encontraban y robando cuanto podían; de manera que ellos y los indios se aprovecharon muy bien de muchas riquezas que había en el Parián, sin que español ninguno tuviese licencia para entrar, si no fueron algunos soldados que entraron a todo riesgo de lo que se les había mandado; duró el saco toda la tarde y parte de la noche.

Viendo los sangleyes el Parián de todo punto quemado y sus haciendas perdidas, desmayaron; y aquella noche, juntándose todos, acordaron de alzar su real y caminar hacia un pueblo que llaman de San Pablo, donde hasta llegar a él les mataron mucha gente los naturales y gente española que los iba siguiendo, porque los enemigos iban divididos en escuadras. En los reencuentros que se tuvieron este día con el enemigo, murieron seis españoles y cuatro japones y más de cinco mil y quinientos sangleyes.

Desde el día que se alzó esta mala canalla, se empezaron a ir matando a todos cuantos sangleyes se topaban fuera de el Parián, y eran en tanto número que no se cesaba en acabarlos; y lo mismo se avisó a todos los pueblos de su majestad, para que fueran haciendo lo mismo; y era de manera que no había ninguno reservado; los indios naturales trajeron muchos presos a la ciudad, y luego los iban pasando a cuchillo y de todos éstos (sino fueron treinta que trajeron de una vez, que murieron cristianos, a lo que pareció, porque pidieron el agua de el santo bautismo) no se sabe que estén otros en camino de salvación, de más de veinte mil que había infieles.

Vistos por el gobernador los sangleyes que morían, mandó, por causas que eran justas, que no se matase a ningún sangley de los que se viniesen a la ciudad; y así se hizo; y publicado este mandato se vinieron más de cuatrocientos; y si fueran diez mil, fueran muy bien recibidos por ser necesarios para las obras de esta ciudad, y todos condenaban a el dicho sangley cristiano, que arriba dijimos, Bautista gobernador; diciendo ser él la causa de este levantamiento y tenerle nombrado por virrey de toda la tierra; y así fue presa su persona y la de Miguelonte y Alonso Sabio, sangleyes cristianos y a los más principales; y tomándoles sus confesiones negaron; y por la bastante probanza condenaron a el dicho Bautistilla a ser ahorcado y hacer cuartos y que su cabeza se pusiese en el Parián, en una jaula, y confiscados todos sus bienes para su majestad y derribadas sus casas y sembradas de sal. Miércoles, veinte y dos de octubre, le justificaron, y a el pie de la horca dijo, que por el paso en que estaba, declaraba no deber aquella muerte por haber sido siempre vasallo leal a

su majestad y que Dios sabía lo que él tenía en su corazón. Murió con apariencias de cristiano; y de allí a dos días ahorcaron a otros dos capitanes sangleyes cristianos, y el uno declaró que para descargo de su ánima, que el levantamiento que se había hecho había sido con orden de los mandarines que habían estado en esta ciudad, y que vendría armada sobre esta tierra. Cuidado dio y no pequeño; y así el gobernador se fue previniendo de lo necesario.

El enemigo que estaba en el pueblo de San Pablo muy bien fortificado, fue a encontrarse con el capitán don Luis de Velasco, con sesenta hombres; y le acometió tan valerosamente que le hizo dejar el puesto y retirarse a mucha prisa; y yendo siguiendo el alcance, como los enemigos eran muchos, salieron de través algunas mangas de ellos y dieron sobre él con grande alarido; y los que iban huyendo, volvieron y mataron a el dicho capitán don Luis de Velasco y a cuatro soldados; y los demás, viendo a su capitán muerto, se retiraron por un monte abajo y se volvieron a la ciudad.

Luego se determinó que el capitán y sargento mayor, Christóbal de Axqueta, saliese en busca de el enemigo, y para ello llevó doscientos arcabuceros españoles, cuatrocientos japones y dos mil indios pampangos; los ciento y cincuenta arcabuceros y mosqueteros y los demás de lanza y pavés, arcos y flechas y otros dos mil indios de los alrededores de Manila y trescientos negrillos que se vinieron a ofrecer de paz para servir en esta guerra; y habiendo caminado ocho días, se pusieron a vista de el enemigo y formaron su campo y atajaron el camino por donde vieron que el enemigo se les podía huir; y teniéndolo todo a punto, acometieron a los enemigos, que serían más de quince mil; y de la primera rociada mataron más de cuatrocientos y los demás se retiraron a un montecillo, habiéndose defendido aquel día con gran ánimo; y el día siguiente les tornó a acometer el sargento mayor y les mató más de cinco mil y quinientos; y todos los demás huyeron y otro día mataron otros trescientos que se hallaron escondidos por las matas y zacatales, sin que de nuestro campo muriese español ninguno, sino tan solamente doce indios.

Descansó nuestro campo tres días y a el cuarto comenzó a marchar a otro pueblo que llaman Vatangas, hacia la costa de la mar, donde se había recogido una tropa de tres mil y quinientos sangleyes, haciendo navíos para irse a sus tierras; y habiendo marchado cinco días, dieron vista a el enemigo; y otro día siguiente la batalla, en que mataron mil y quinientos; los demás se fueron huyendo muy mal heridos; no fueron en su alcance los españoles por estar cansados de seis horas de batalla; fue un indio principal, llamado don Ventura de Mendoza, con los dos mil indios pampangos; y dentro de pocos días, los consumieron y acabaron a todos.

Con este buen suceso y victoria, se juntó con el sargento mayor y se vinieron retirando a Manila, con todo el campo sin perder ningún español, sino los doce indios y un japon; hubo heridos diez y siete españoles y el de más peligro fue Martín de Herrera, capitán de la guardia de el gobernador,

El día que vino la nueva de la victoria a Manila, que fue a quince de

noviembre, día de el glorioso San Martín, se regocijó mucho la ciudad y se tuvo descubierto el Santísimo Sacramento más de cuarenta días, haciendo cada convento su octavario y procesiones, con mucha solemnidad.

La orden que estos traidores tenían dada, para salir con su pretensión e intento, era que el mismo día de el glorioso San Francisco entrasen en la ciudad, como solían, todos los oficiales y mercaderes y que cada uno acudiese a casa de sus conocidos, de manera que se hallasen en cada casa cuatro o cinco y que pasasen a cuchillo a todos los españoles que hubiese dentro de ellas, reservando tan solamente a las mujeres, que éstas ya las tenían repartidas para su regalo, y a otras para apilar arroz. Y para ejecutar esto había de llevar cada sangley una catana debajo de el ropón. Demás de éstos tenían repartidos quinientos que embistiesen al monasterio de San Francisco y a los demás conventos lo mismo; que sin duda ninguna salieran con su intento si Dios nuestro señor no los cegara para que lo comenzasen aquella noche antes; que aunque había más de nueve días que se decía no lo acababan de creer los nuestros, aunque desde el día que vinieron los mandarines se vivió con algún recelo.

La causa de dividirse los sangleyes en tantas tropas, fue bandos y divisiones que entre ellos hubo, de que resultó matarse muchos unos con otros; y ha sido de manera que de más de veinte y dos mil que había en estas islas, no han quedado quinientos.

A los quince de octubre se comenzó el foso y trabajaron en él quinientos hombres, sin los que andaban en el fuerte nuevo y retirada y en la muralla. Tiene el foso veinte pies de ancho y dos estados de hondo.

Luego que se empezó la guerra trescientos sangleyes cristianos de Tondo y Minondo, se retiraron al amparo de la muralla y de el gobernador; éstos se han vuelto a sus casas sin recibir ningún daño.

Viernes catorce de noviembre entró en la ciudad el sargento mayor Christóbal de Axqueta, marchando con su campo de españoles, pampangos y japoneses, arrastrando las banderas de el enemigo. Fueron muy bien recibidos de el gobernador y Audiencia; y el gobernador hizo algunos bien favores a todos los capitanes pampangos, de que quedaron muy agradecidos y ofrecieron sus vidas y haciendas al servicio de su majestad. Gozaron de el saco los indios y japoneses, que fue mucho.

Ardides de guerra, prevenciones o órdenes que hubo en todo el discurso de ella, no las digo aquí, por no cansar; sólo digo que todos en general, así eclesiásticos como seglares, acudieron a esta ocasión, como valerosos soldados.

Entre las banderas ganadas al enemigo vinieron dos, con letras escritas en ellas en lengua sangleya, que traducidas en nuestro vulgar decían así.

La cabeza y general de los de el reino de China, tribu de Cou, llamado Ecequi y otro de el tribu de Suu, llamado Trin, para este negocio, siguiendo la razón de el cielo, para que todos los chinos juntos acudan a este negocio y los obedezcan, para arrancar de raíz estos enemigos ladrones; queremos de nuestra parte y voluntad que yo y Chumiquinte, japon, juntos con nosotros los anajes, conquistemos esta ciudad, y habiéndola vencido partiremos las tierras de ella, por partes iguales, como hermanos.

Lo que al traidor de Bautistilla le dio más ánimo a emprender una tan gran traición, fue un ardid e industria que usó, por saber la gente que había de su parte; y fue mandar que cada sangley le trajese una aguja; así lo hicieron y teniéndolas juntas en una cajuela, halló que se podían juntar en Manila, para el día de San Andrés, patrón de estas islas, veinte y dos mil ciento y cincuenta sangleyes. Y así tenía acordado que aquel día fuese el levantamiento en esta ciudad y en las demás partes de estas islas, donde hay españoles. Y viendo que el gobernador iba haciendo y alzando la muralla y haciendo otras prevenciones de guerra, a causa de lo mucho que le decían de los mandarines, a que no se persuadía, el traidor acordó de no aguardar el tiempo señalado; y así hizo la prevención para el día de San Francisco; permitió nuestro señor fuese así, para bien nuestro.

Después de pasado todo lo dicho pareció al gobernador y Audiencia enviar a dar cuenta de este levantamiento a los virreyes de Chincheo y Cantón, para que entendiesen que nosotros no habíamos sido la causa de él. Fue a ello Marcos de la Cueva y les dio cuenta que fue causa esto para que los sangleyes volviesen a la contratación como de antes.

*CAPÍTULO LXIII. De la venida de el licenciado Landeras de Velasco que vino por visitador de la Audiencia de este reino, y otras cosas*



L AÑO DE 1607 VINO VISITA A ESTA Audiencia de Mexico y por visitador el licenciado Landeras de Velasco, que había sido oidor en Sevilla y era de el Consejo Real de Indias, aunque no había tomado en él la posesión. Llegó a esta ciudad haciendo parada en Nuestra Señora de Guadalupe (donde todos los virreyes la hacen); de allí entró en esta ciudad muy autorizadamente. Salióle la ciudad y Audiencia a recibir a esta ermita de Santa Ana, como se acostumbra hacer con todos los virreyes (aunque el marqués no salió); fue llevado de esta manera y con este acompañamiento hasta su casa; y como con la venida de estos personajes todos se alborotan, hicieron eso mismo los de este reino y Nueva España. Comenzó su visita muy rectamente, haciendo un cepo a la entrada de su casa, donde todos los que querían echaban memoriales secretos, que servían de luz y claridad de cosas que públicamente no se sabían, para causas que convenían en las informaciones que se hacían. Mandó salir al doctor Azoca, alcalde de corte de este reino y al oidor don Marcos Guerrero, y los tuvo mucho tiempo fuera de sus casas.

A poco tiempo después de haber llegado el visitador le vino al marqués de Montes-Claros cédula para pasar por virrey a los reinos de el Perú; y con muchos favores y particular mandato de gobernar, hasta tanto que se embarcase y que uno de los de la Audiencia le fuese acompañando hasta el puerto de Acapulco, sesenta leguas de esta ciudad, que es donde se em-